

del mismo ideal. Ambos tuvieron que luchar contra la ambición de los pequeños, esa coincidencia bastaría para hacerlos solidarios, si no los uniera también, en la ingratitud, el recuerdo de las islas de Santa Marta y la visión de la humilde vivienda de Boulogne-sur-Mer.

La figura de San Martín, tan grande como la de Bolívar, si en la balanza de los valores cotizamos la generosidad y el renunciamiento, domina todo el horizonte argentino, y por encima de los Andes, los antecedentes nacionales de Chile y del Perú, rememorando en medio de la dispersión, los puntos de partida comunes. Parco en declaraciones y confidencias, San Martín se impone, sobre todo por su silencio. Desde la expatriación, contempla el mar donde se hundieron sus esperanzas, y espera resignado la muerte. Pocos ejemplos de energía y de patriotismo se pueden parangonar al de este capitán victorioso, que renuncia hasta a la difusión de su gloria, en aras de austeros principios y

heroicas abnegaciones. Pero pocos ejemplos habrá también de tan ciega confianza en el porvenir. Porque hay sacrificios que sólo son posibles cuando existe la fe en la resurrección de un ideal.

Alrededor de estas inspiraciones se agiganta hoy en la juventud el culto del pasado común. Para medir la magnitud de la divergencia de orientación entre la América anglo-sajona y la ibera, basta recordar la actitud de la masa ante los jefes. Mientras los fundadores de los Estados Unidos se extinguen entre la admiración y la apoteosis, los fundadores de nuestras patrias mueren invariablemente en el ostracismo o la expatriación. Y la tendencia es tan áspera, que aun a cien años de distancia buscamos en el recuerdo de esos mismos apóstoles de la unión nuevos motivos de desavenencia, y encontramos el debate alrededor de las figuras de Bolívar y San Martín, prolongando inútilmente lo que podríamos llamar una guerra civil entre los muertos.

Manuel Ugarte

Bajorrelieve de algunos hechos

=De *Caras y Caretas*, Buenos Aires.=

Historia de un patriarca.—Los periódicos nos han dicho que se llama Zalewski. A pesar de la rudeza eslavónica de su apellido, Zalewski es francés, a quien acaban de tributarse los honores municipales, como a los grandes jefes de familia en la época de Virgilio, y el gobierno de Francia le ha conferido la Cruz de Caballero de la Legión de Honor. ¿Qué ha hecho, pues, Zalewski para merecer esas consagraciones y convertirse por breve instante, en personaje de notoriedad universal? Ha hecho mucho. Ha vivido. Ha vivido un siglo entero en una aldea de los Vosgos, sin salir de sus alrededores y sin dejar de ejercer en ese largo tiempo, su actividad de campesino. Araba su predio, lo sembraba, y en el invierno, cuando no podía cavar, carpir ni remover la tierra exprimida, cortaba leña, machucaba el hierro de sus rejas o reparaba con su pequeña fragua y su pequeño banco los implementos de su industria de agricultor. Un periodista ha querido recoger en una crónica sus recuerdos de anciano. Zalewski sólo conoce los acontecimientos públicos que tuvieron resonancia en el municipio en que vive. No ignora que se produjo en 1848 una revolución, porque en aquellos días asistió a la dramática renuncia del alcalde de Migueville, que se desprendió de sus insignias y las arrojó al suelo ante el estupor de los vecinos que presenciaban ese acto histórico. Y sabe también de la guerra de 1870 y de 1914, porque los dos sucesos extraordinarios de la historia de Francia repercutieron también en los apacibles contornos de Migueville. La patria se resume para ese sólido labrador al perímetro del burgo en que se levanta su casucha y al sitio en que se halla su heredad laborable. Su visión

del mundo termina allá donde sus ojos no ven más, en el horizonte de la campiña, y sin duda la escasez de sus memorias personales, la pobreza de sus emociones, producidas por actos vulgares, ha desengañado al redactor que hizo un viaje desde París para entrevistarle y referir a su clientela literaria, en un folletín complicado, las impresiones seculares de un patriarca. Sin embargo, si ese labriego hubiese vivido en alguna edad remota, el interés que nos ofrece hubiera sido menos exiguo. Después de apacentar ganado, de cultivar cohombros, alfarfón y mijo, habría enseñado sus experiencias a sus descendientes, en consejos útiles. Les habría dejado su sabiduría sobre la salida del sol, la fertilidad y los procedimientos agrarios y tal vez su palabra se hubiese perpetuado y llegado hasta nosotros como la palabra de los varones antiguos de la Biblia, que, como Zalewski, habitante de Migueville, reducían el universo al valle en que crecían sus dátiles o cuidaban sus rebaños. Su ciencia no era despreciable entonces. Era la ciencia de las primeras creaciones humanas, que los más viejos de las tribus dispersas iban acumulando y repitiendo ante los que debían sucederles en la vida. Mas Zalewski, con la dignidad honorífica de la Legión de Honor y sus cien años encima, ya nada puede enseñarnos, porque ya lo sabemos todo y sólo nos inspira la vaga simpatía que podría producir en nuestro espíritu la aparición de un hombre de los poemas de Hesíodo.

El signo de la mariposa.—Los cronistas que se congregaron en Londres para asistir a las deliberaciones de la conferencia naval fueron testigos de un hecho asombroso, del cual dan fe, en

una prosa menos monótona que la de sus comentarios sobre las discusiones económicas y técnicas, en los periódicos recientemente llegados de Europa. Parece que en el momento en que el rey Jorge V abría la asamblea, penetró en el recinto una grande mariposa, voló sobre la cabeza de los estadistas alegremente asombrados y salió después perdiéndose en el ámbito de la ciudad, inmensamente envuelta en bruma y taraceada de nieve. ¿Cómo se explica la aparición de una mariposa en los días duros de invierno? Es éste un acontecimiento misterioso que no ha de haberse realizado sin intervención del destino. Es un milagro, sin duda, y a pesar de su evidencia, no debemos rechazarlo. ¿Podremos olvidar acaso que la mariposa constituye desde antiguo un signo a favorable del amor y del espíritu? ¿Psiqué era una mariposa—alma y mariposa,—y ese ser ligero y estático, con sus alas luminosamente traslúcidas, se evoca en la primavera, cada vez que una mariposa real cruza el aire leve o se suspende en la superficie de una hoja. Su presencia es siempre un buen augurio porque nos contagia con su suavidad y con su gracia. Mensajera de la alegría, como la abeja lo es de la prosperidad, los hombres de las edades sencillas la amaban como hoy la aman los niños. ¿Habrán comprendido los hombres de la edad nuestra, torturada y pesada, que deliberan en Londres, la significación de este vuelo milagroso? En otra época los augurios tenían importancia. Los reyes más crueles y los gobernantes de corazón áspero dejaban de ser áspersos y crueles cuando descubrían una brusca señal de lo invisible. La fe, o la superstición, les permitía discernir en esos oscuros anuncios un orden de las fuerzas superiores. Hoy los gobernantes y los políticos no creen ya en el misterio y no es fácil, por lo tanto, que ese saludo simbólico haya influido en el sentimiento de los congresales reunidos para medir la boca de los cañones y el número de los acorazados. A pesar de todo, no se puede negar que un milagro no se produce en vano. Tal vez, el recuerdo de la mariposa aparecida en la asamblea de Londres haga reflexionar ahora o más tarde a los que tienen en su mano el regimiento de pueblos en la necesidad de interpretar la voluntad desconocida del mundo en esos hechos que auspician el azar. ¿Por qué hemos de creer que el hombre seguirá inalterablemente acechando al hombre, como una fiera a la presa? Es posible que alguna vez se dé cuenta de que si obra de acuerdo con lo que se desprende de los símbolos amables le irá mejor de lo que le ha ido al ceder con triste tenacidad a los consejos de una razón obstinada en la crueldad.

Llamamiento argentino.—El tribunal de Insterburg, Prusia Oriental, ha oído, en un proceso, al coronel Pletskaits, jefe de los expatriados lituanos, al cual se acusaba de actividades políticas de carácter ilícito. El coronel Pletskaits declaró que su propósito y el de sus compañeros era emigrar a la Argentina. Este hecho carecería de virtud signifi-